

LA CASA DE ARANJUEZ

*A: nora garita/memo barzuna/mercedes ramírez/popo dada/
diana ávilalloreña nigrolalfredo ramírez/flora ovaes/calixto
muñoz/marco riba/magda zavalalxinia quirós/miguel dávilalalicia
miranda/gerardo César hurtado/josé manuel cerdas/, mis entra-
ñables setenteros que poblaron y tomaron mi casa..... y a toda
la contingencia de teatreros, poetas, músicos y faranduleros de
entonces, quienes se acercaron alguna vez a este refugio urbano
de respeto y amistad.*

Mi casa de la infancia tuvo una ubicación privilegiada: el barrio Aranjuez. En aquella época, existían pocos carros en la ciudad y mi familia en particular nunca imaginó poseer uno. Nuestras necesidades eran otras. Además para que, si no había más que caminar 50 metros para llegar a la esquina en donde paraban todos los buses que lo transportaban a una al centro de la ciudad. Ahí llegaban los buses de Moravia, El Alto, Guadalupe y Coronado, siempre llenos hasta el tope. Sin embargo, al llegar a la "esquina" se bajaban, en tropel, todos sus ocupantes, presurosos por llegar al Seguro Social, que era su meta final, y el bus quedaba prácticamente vacío para continuar su ruta. Eso nos daba la oportunidad de escoger con detenimiento el lugar en donde queríamos sentarnos, ya fuera ir juntos o separados, o si optábamos por ventana cada uno. Si utilizábamos el "camión", como solíamos llamarlo en aquella época, era por vagancia o simplemente por darnos un gusto, pues desde la vetusta casa de Aranjuez teníamos acceso a cualquier lugar que quisiéramos ir con solo caminar unas cuantas cuadras.

Tal vez por eso nuestra casa de Aranjuez fue tan popular en aquella época. Ahí se reunían todos nuestros familiares. Fue siempre un lugar de encuentro para viejos, grandes y chicos. Tenía y tuvo para todos los que la frecuentaron un encanto particular. Pero de eso hablaremos más adelante.

Era bella con sus imponentes maderas. Sin embargo, la casa de los Cardona, que se encontraba en la esquina, la superaba en grandeza y sobriedad, lo cual

**Cecilia
Chaverri Fonseca**

Filóloga
minillo06@gmail.com



le restaba notoriedad más no popularidad. Creo que mi casa brillaba por su singular fachada, su hermoso jardín frontal con su apetecible árbol de cas y su erguida palmera o sus singulares habitantes.

Todos los de la cuadra eran nuestros conocidos. No se hablaba de vecinos o condóminos sino de los Cardona, de los Salas y de los Aguilar de enfrente, con sus nombres y apellidos. Ocasionalmente, nos referíamos a alguno de ellos por su apodo, puesto oportunamente por el más ingenioso de la familia. La sodita de la esquina, conocida como la Sodita del Seguro Social, era frecuentada asiduamente

por nosotros. Cada vez que teníamos una monedita, el paseo de rigor era ir ahí por un confite de a cinco, gordo y redondo, que dejaba un dolor agudo en las mandíbulas después de rato de estar chupe que chupe hasta que se deshiciera en la boca.

La Fábrica de Hielo, cuya entrada estaba a la par de la casa de los Salas, era un lugar mágico. Cómo olvidar la gran marqueta de hielo, primera invitada a las fiestas en casa de doña Emilia. Sin ella no podía haber reunión. Cuando entraba, envuelta en un gran saco de gangoche recubierto de aserrín para amortiguar el agua que soltaba, ya daba una por sentado que la fiesta comenzaba.

Frente a la casa estaba la línea del tren, y verlo pasar cada día era un gran acontecimiento. Hacía cimbrar la casa de una manera que, por momentos, una creía que el cataclismo final del que hablaban las Escrituras ya había llegado. Sin embargo, el saber que solo era el tren, daba un gran alivio al alma. Cuántas veces nos levantábamos todos de la mesa con caras de espanto al grito de temblor para después volver a nuestros asientos pausadamente al corroborar que solo había sido el tren.

No sé por qué razón, a los novillos los traían por la línea del tren. Daba miedo ver esa gran cantidad de enormes animales atravesar el puente negro (así le llamaban, en aquella época, al puente que quedaba frente a la casa de Aranjuez). En más de una ocasión, un novillo se salía de la manada y hacía aparición en nuestro jardín, qué susto..., pero lo era más cuando uno de ellos se quedaba prensado en los rieles en medio del puente. Más que susto era pavor el solo imaginar que viniera el tren y el pobre animal ahí prensado. Por dicha, esto nunca pasó a ser más que un mal pensamiento.

El jardín de enfrente de la casa era enorme o lo veíamos enorme. El árbol de cas, la palmera, la veranera, la flor de itabo, la gran piedra que sirvió de poyo para múltiples romances, eran escondites perfectos para nuestros juegos de infancia. Jugábamos "bate", "queso", "quedó" y, por supuesto, "escondido".

La casa, por estar montada sobre pilotes de madera, a la usanza de las casas de la zona bananera del Caribe, de influencia victoriana, poseía unos ocho escalones de cemento lujado que daban



a un pequeño corredor en donde se ubicaban dos puertas. Ese pequeño corredor fue el lugar de encuentro de nuestra adolescencia. Después de almuerzo, todos los primos nos reuníamos en el pequeño corredor, sentados en el piso, a recibir el sol del mediodía.

La casa por dentro era bastante grande, a tal punto que, en una necesidad económica, fue necesario dividirla en dos para buscar ingresos extras en alquiler y luego en venta. Sin embargo, a pesar de haber sido tajada siguió siendo grande. La sala, como todas las casas de antes, fue siempre un lugar señorial, reservada exclusivamente para visitas importantes que, como eran escasas, prácticamente fue convertida en pieza de museo. Por ahí se pasaba pero no se entraba.

No fue sino hasta finales de los años sesenta y principios de los setenta que aparecieron, primero de a dos en dos y luego en hordas, los "pelmas", nombre con que el tío Hugo bautizó a un grupo de muchachos a los cuales calificó de incultos, vagabundos, melenudos, despeinados, fachosos y faltos de educación y buenos modales, según los cánones que hasta la fecha existían. Todos ellos, con el beneplácito de las hijas de doña Emilia, se apoderaron de la lujosa sala solo reservada para la gente más refinada que, ocasionalmente, frecuentaba la casa, y la convirtieron en lugar de encuentro. El piano, considerado por todos los miembros de la familia, como instrumento sagrado, fue prácticamente violado por uno de aquellos "pelmas" quien, en aquella época, frecuentaba la casa y, en un desconcierto de notas, desconcertó al más virtuoso de los miembros de la familia. Eso no hizo mella en aquellos chicos quienes, por aquella época, invadieron la casa de Aranjuez. Entraban por ella como perro por su casa y, conforme pasaban los días, se fueron sintiendo más confortables, no solo por la hospitalidad que las hijas de doña Emilia les brindaban, sino por la misma doña Emilia, quien ya había decidido, por aquella época, hacer pública su residencia y poner hasta a sus mismas servidoras al servicio de toda aquella horda de jóvenes quienes frecuentaba su casa. Fue tan grande la hospitalidad de las anfitrionas que aquellos no tuvieron reparo en irrumpir prontamente en toda la casa. La sala ya no era solo el lugar de encuentro, lo eran también la antesala, el comedor, el antecomedor, los cuartos de las muchachas y, especialmente, la cocina, en donde Filomena y Ana, las fieles servidoras, servían sin reparo



"De la Embajada de México 150 varas al este, después del puente negro la tercera casa a mano izquierda".



lo que aquellos deseaban comer. Esto trajo consecuencias irreparables en las relaciones familiares, sin embargo, por ser tema que no interesa destacar acá, lo pasaremos por alto.

En la casa de Aranjuez se comía, se estudiaba, se jugaba, se descansaba, se organizaban mitines, paseos y reuniones sociales; era el lugar de encuentro para cualquier evento político o social y hasta amoroso; se cantaba, se leía poesía, se recitaba y hasta hubo un frustrado intento por montar una obra de teatro, que nunca pasó a ser más que eso. El teléfono era "público", o al menos así lo convirtieron. Sin reparo alguno, los "pelmas" hacían fila frente

a él con libreta en mano para ponerse al día con todos sus compromisos.

Fue tan popular y hospitalaria la casa que orgullosamente, y para que fuera acorde con los intereses de todos los que la frecuentaban, se le cambió el nombre a CESA (Centro de Estudios Superiores de Aranjuez). Ya no era la casa de Aranjuez de la familia Chaverri, sino el CESA. Se había convertido, de la noche a la mañana, en un lugar público, sin el consentimiento explícito de doña Emilia, pero con su velada y orgullosa aprobación. Fue el lugar de encuentro de toda una generación de estudiantes quienes deambulábamos a la deriva por el San José de entonces, sin sustos ni sobresaltos, disfrutando del ambiente y de la brisa de la tarde, y ya cansados, deseosos de un lugar en donde compartir nuestras experiencias, no dudábamos en sugerir al CESA como único e indiscutible lugar. Ya para ese entonces, ni las mismas muchachas, dueñas del inmueble, cuestionaban si era oportuno llevar a todos aquellos a su casa; la decisión de la mayoría era una orden que ni las dueñas querían contrariar. Su condición había variado. La casa de Aranjuez, el CESA, era patrimonio de un montón de *hippies* que hacían su agosto a costa y paciencia de doña Emilia, quien disfrutaba a solas de ver convertida su casa en un refugio de jóvenes estudiantes, inquietos, inteligentes y apuestos quienes eran la alegría de sus hijas y el tormento, sobre todo, del tío Hugo, quien nunca pudo comprender cómo su recinto tan sagrado se había convertido, en un abrir y cerrar de ojos, en una suerte de comuna *hippie*.

Cómo olvidarla. Hoy ya no existe. En su lugar, en donde siempre lució tan orgullosa, hoy funciona un parqueo. Ironías de la vida, pues ella nunca tuvo garaje, no sintió la necesidad de que un carro formara parte de sus atributos. Para qué, si en esa situación tan privilegiada donde estaba, lo que menos se necesitaba era un coche.

Parte de sus escombros fueron rescatados por una familiar que un azar de la vida la llevó a vivir una larga temporada en ella. Su famosa puerta de vidrios en colores, que comunicaba la parte principal de la casa con los aposentos interiores, hoy, orgullosamente, ocupa un lugar privilegiado en casa de su dueña. Prácticamente, de la casa solo esa puerta se conserva, pero su gran tesoro es y seguirá siendo la gran cantidad de recuerdos de todos aquellos quienes hoy, con nostalgia, recordamos las famosas "tardes de estío" en la casa de Aranjuez.

MINILLO